

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 186

LA MUERTE DE MOCTEZUMA II

Manuel Payno

1810-1894

*Manuel Payno y Flores (nació en la ciudad de México, el 21 de junio; murió en San Angel, D. F., el 4 de noviembre) fue un connotado personaje de las letras, la política, la diplomacia y el periodismo mexicanos del siglo XIX. Es autor de obras famosas, tales como: **El fistol del diablo** (1845-46) y **Los bandidos de Río Frío** (1889-91). Aquí ofrecemos un fragmento de su ensayo "Moctezuma II" que forma parte de los relatos incluidos en **El libro rojo** (1870) publicado en colaboración con Riva Palacio, Mateos y Martínez de la Torre.*

En la tarde, el horizonte se fue nublando gradualmente, y una masa de nubes negras y amenazadoras vino al parecer expresamente de la cumbre de los volcanes. El silencio profundo que reinaba en la ciudad aumentaba más el pavor, y todo anunciaba una tormenta en el cielo y una matanza en la tierra. Así llegó la noche imponente y sombría. Los pechos de los españoles, fuertes y templados como sus aceros, se estremecieron sin embargo. Todos

pensaron que quizá no verían el sol del nuevo día.

Moctezuma, mudo, silencioso, moría entre sus cojines, más del despecho, más del dolor de haber visto el fin sangriento de su reinado, que de la herida que tenía en la cabeza. Los nobles que le acompañaban de pie en su derredor, observaban los preparativos de los españoles, y casi adivinaban la suerte que les estaba reservada. Cortés, que creía que Moctezuma había causado realmente la situación tremenda en que se hallaba, había cambiado la afección que concibió al principio, en un odio profundo.

La tempestad que se cernía hacía ya algunas horas sobre la ciudad, descargó por fin. Gruesas gotas de agua y granizos comenzaron a caer en los terrados. Los relámpagos con su azufrosa y blanca luz, herían las armaduras de los caballeros, iluminaban sus fisonomías terribles, y entraban instantáneamente por una ventana estrecha a dar un lívido color al triste cuadro que presentaban el emperador y sus caciques, esperando



Septiembre 10 de 2004

Academia de Humanidades FES-Acatlán

silenciosos que se cumpliera su inexorable destino.

El padre Olmedo dijo una misa, a la que asistieron todos los capitanes y soldados; acabada, Cortés organizó la marcha, y a las doce de la noche del 1º de julio de 1520, en medio de una horrible tempestad, se abrieron las puertas de la fortaleza y abandonaron los españoles aquellas murallas, testigos de sus horribles padecimientos y su indómito valor.¹

*

—¿Qué haremos con los prisioneros?— preguntó uno de los oficiales de Cortés.

—Nunca será bien, si aun Dios nos tiene reservado el acabar esta empresa, que quede con vida el que ha sido rey de estos idólatras, ni ninguno de los que se llaman nobles o caciques.²

Tonatiuh con un semblante torvo se presentó en el salón donde estaba Moctezuma y su nobles, alumbrado escasamente y a intervalos por una hoguera de ocote medio apagada.

—Acabad con estos bárbaros que tratan todavía de sacrificarnos, y

echadlos por la azotea a la calle, sobre la Tortuga de piedra, para que toda la ciudad se entretenga, y cerciorados los indios de que están muertos, no nos estorben el paso.

Los indios se estremecieron y quisieron huir; ¿adónde? Se pusieron en pie y esperaron la muerte resueltamente. El emperador apenas levantó la cabeza.

Los soldados sacaron los estoques y comenzaron a herir a todos los que allí estaban. A Moctezuma le dieron cinco puñaladas.³ Concluida la matanza sacaron los cadáveres y los arrojaron por la azotea sobre la gran Tortuga, que estaba en la esquina de la fortaleza, y se incorporaron al resto de la tropa que avanzaba lentamente entre la lluvia y las tinieblas, resbalando en el lodo y en la sangre de las calles.

1. Prescott, *Historia de la Conquista*.

2. Se ha adoptado para finalizar este escrito la tradición más probable de la muerte de Moctezuma, y puede verse en el tomo 10 del *Boletín de Geografía y Estadística* la disquisición histórica hecha por el señor Fernando Ramírez.

3. Fray Diego Durán.

Fuente: Manuel Payno, Vicente Riva Palacio. *El libro rojo*. Pról. Carlos Montemayor. México, CONACULTA, 1989. pp. 31-33.